

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a M. Torrente

Las naciones gozquejos

"Los pequeños países ganaron hoy una victoria decisiva en la conferencia sobre la fiscalización del tráfico de armas".

Por lo visto, a los gozquejos, a los perritos falderos y lanudos de las liliputienses nacionalidades, les arrojan un hueso para acallar sus débiles ladridos y se entretengan royéndolo. Los mastines, los "bull-dogs" — el *toro-perro* según versión macarrónica del inglés — se avinieron a concederles algo a sus coetáneos. Las migajas y las sobras herrumbrosas, el verdadero deshecho de sus armamentos.

Esa mezcla de gausos y pavos reales, asesores y miembros de la Liga de las Naciones, a quienes nunca tomaremos en serio, dada su risible actuación, siguen intentando administrar el magro patrimonio de la humanidad. Desean servirle parsimoniosamente en pécimas la dicha, el bienestar, la felicidad o lo que sea, — según ellos —, a los pueblos. Se empujan en un esfuerzo vano, para sopesar los problemas de paz y guerra. Se descogotan a fin de dosificar las horas de trabajo de los hombres y de otras cosas más que se hallan a la merced de su criterio, asnalmente grave y risueño. Son la flor y nata de la mediocraicia de sordidez intelectual de todos los países. Son meramente sombras que se agitan en un cúmulo de sombras. Aunque parezca paradójal la metáfora, es la única analogía que les vale a quienes sólo actuaron en los dominios metafísicos del platonismo de la palabra escrita y orada. Sus buenas intenciones, sus angelicales anhelos, sus purísimas ansias de futuras regeneraciones de las razas y de las naciones, se quedaron aprisionadas en la tinta y fijadas en el papel, iguales a las mariposas, a los insectos, que los entomólogos hincan con un alfiler. Son los cadáveres de la casuística burguesa, los postulados irreconciliables de una doctrina de odio, enmascarándose de amor. Son, además, la colección de romas argucias, verdaderas patrañas variopintas, que encantan solamente a esos señorones, llenándolos de ufanía, y que elaboran, amasan, tejen una literatura jurídica con el mismo sentido de orientación, como si se tratase de hacer un *solitario*, o confeccionar una charada. Son ellos los más grandes malversadores de la paciencia pública.

Los solemnes y ruidosos fracasos, ni los intimidan ni los avergüenzan. Recordemos: la cuestión egipcia, en ocasión del asesinato del sirdar, la conferencia del opio, ahora esta de la fiscalización sobre el tráfico de armas.

Como aconteció siempre, nada se obtuvo de lo que se pretendía imponer. Se optó por una fórmula de transacción, que deja las cosas en parecidísimas condiciones o como se hallaban mucho antes de esta ociosa, inútil conferencia. Se aprobó en principio que la base de la Convención sería la libertad, no la prohibición del comercio de armamentos.

Un momento. Nos olvidábamos de la única prohibición, que consiste en la veda aplicada exclusivamente a los particula-

LA ESTATUA DE MADERA



Cuando la multitud—muchos pies y brazos sin ninguna cabeza—se encapricha en enciosar a alguien, hasta las bestias, los monstruos más horribles, participan de su adoración e idolatría. Ejemplo: esa estatua de madera con su mariscal de utilería a horcajadas.

res. Pero, esta cláusula prohibitiva es tan elástica y puede alargarse y acortarse de tal modo, que podemos darla como inexistente.

Con la predicha fiscalización, y ese triunfo tan fácilmente conseguido por las naciones gozquejos, sabemos ya lo que acontecerá.

Antes de la guerra, las usinas Krupp fabricaban, supongamos, una partida de un millón de carabinas. Cualquiera modificación que se aportase a ese modelo, esas armas eran desechadas. Entonces a los correteadores se les enviaba a los cuatro puntos cardinales del globo. Pronto o tarde, esa partida se vendía íntegra o por partes a los gobiernos de las repúblicas o a los fraguadores de revoluciones políticas. Nos recordamos de unos cañones que, aquí, en la Argentina, al deflagrar, estallaron matando a los artilleros. Y es un caso.

En Bulgaria sucedió cosa parecida.

Con esto queremos significar que a las potencias mastines y bull-dogs, les quedará un ancho margen para los más variados ensayos bélicos, a costa de las naciones-gozquejos, las que serán surtidas con

los modelos desechados por los respectivos estados mayores, a medida que realizan nuevos descubrimientos en la ciencia de matar.

Ninguno de esos empingorotados representantes de países liliputienses, podrían ignorar que la hojalatería más inservible, la ferretería más desusada les estaba reservada exclusivamente para ellos. Y no solamente no ignoraban eso, sino que los correteadores de armamentos los cercaban en la misma puerta de sus hoteles con promesas tentadoras. Y es que los gajes más suculentos de los delegados de un pacifismo armado, los constituyen esas coimas.

Por lo demás, la comedieta no fué muy diestramente jugada por todos esos cómicos de la legua que anhelan la libertad de traficar con la vida y la hacienda de sus semejantes, porque esto es el significado que le damos, cuando un bandolero se arma.

Antes sucedían las mismas, idénticas cosas con la desdénable diferencia que no existía la Liga de las Naciones, mampara de los más sucios enjuagues. Se soporta la aplastante carga de los arma-

mentos, y encima de ella, toda la nueva y costosa burocracia de esa liga. Es como el agricultor y la langosta. En los antiguos tiempos, los daños eran solamente causados por el acrido. Ahora, además de ese bichito, hay otros numerosos bichitos que cobran sueldos, y vivaquean a expensas del productor que, en definitiva, es el hombre que siembra y cosecha.

El espíritu estatolatra, al pretender remediar un perjuicio, causa mil. Es su método patentado y privilegiado.

El pueblo ama sobre todo la revolución. Preguntadle por qué y no sabrá responder. La ama a la manera que el pueblo ama todas las cosas. El no entiende de arte y ama el arte más que nadie, es tan artista como el primero; no sabe qué es la belleza, pero mejor que nadie la admira, la conoce y la admira; tal vez no se da cuenta de lo que es la justicia exactamente, pero la siente, la admira, la adora, a veces la ejecuta con una certeza asombrosa; quizás la libertad y la igualdad son para él cosas indecibles, no bien comprendidas, pero lucha y perece por ellas un día y otro día, con un valor heroico, inconcebible; la revolución comprende todo esto, lo resume en sí, y la revolución constituye el eterno ideal del pueblo.

RICARDO MELLA

GLOSARIO

La muerte del "carnicero"

Sí; ha muerto el general Mangin... Ni nos alegramos ni nos sentimos apenados. A los muertos y a la Muerte, se le está dando mucha importancia. Y por eso, si nuestro sentimiento es de indiferencia hacia estos fenómenos, más fríidamente indiferentes nos deja el deceso de este basto militarote, amansador de las tropas senegalesas.

El único responso fúnebre que nos merece, es el de Barbusse, quien refutando unas falsas apreciaciones sobre su actuación en el frente francés, decía que Mangin representaba "el tipo del jefe, quien poco se cuida de contemplar o economizar las vidas humanas". De ahí el remoque que se le aplicaron los "poilux" de "boucher", o sea el de carnicero, "boureau" o verdugo.

Quitándole este pequesísimo defecto de disponer de las vidas humanas como si fuese tata dios, o un tigre cebado, que mata o hace matar por matar, era una excelente persona, según la prensa gorda y flaca... Nosotros lo creemos también, después de muerto. Solamente que en vida se le conoció algunas feas y malas mañas... Por ejemplo, la de mentir, la de calumniar... Se halla todavía fresco el recuerdo cuando, respecto al libro "El fago" de Barbusse, dijera que éste apenas si "había sido enfermero en la retaguardia", evidenciando así su anhelo violento y malsano de echar sombras sobre una existencia mucho más sana moralmente que la suya...

Y esto no es nada más de lo que se le conoció aquí. ¿Cómo será todo lo que esconde y lo desconocido! Estremece de horror pensar.

¿Es posible que el que cometió o hizo morir por refinada crueldad mil o cien mil criaturas, pueda ser medido con la misma vara que el que hizo sólo una muerte, y quizás por impulso pasional?

Sí; después de todo, Mangin era una excelente persona, o como vociferó ese enterrador de segunda clase de "La Nación", fué un "héroe y un jefe". Con muchos héroes y jefes de esta laya, nos parece que retrocederíamos a la época cavernaria de la bestia de presa, si no lo estamos ya, por obra de esta misma gente.

Otro "rayo de muerte"

Se llama "Heliothaeb", esta flamante arma de guerra. Y la inventó o la "confeccionó" un hombre de ciencia de Alemania. Es un nuevo chisme mortífero que, según someros informes, puede "paralizar la vida en una distancia de 40 millas y en un plazo de seis horas. Su poder en el aire alcanza a una altura de 45.000 pies, mientras que la mayor altura lograda por un aeroplano es sólo de 39.000 pies". Admira la inmensa cantidad de energías que derrochan los humanos para hacerse daño mutuamente y a ellos mismos. Lo absurdo de este proceder a nadie ya sorprende. Lo monstruoso, las aberraciones más tremendas se consideran con la misma naturalidad, como si fuesen algo necesario o imprescindible para nosotros. Se han vuelto estas cosas como los artículos de primera necesidad. ¿Tan desviado tenemos el sentido de la vida y de la moral solidaria, que reina en todas las especies animadas! Es

la labor de siglos, tenaz y criminal de los verdugos del entendimiento...

La guerra fascista

Un viento de insania sopla tumultuoso en la vida política italiana. Los fascistas invocan una nueva guerra — no se sabe con quién — para purificación de los corazones y regeneración de las almas. Causa estupor que estos mismos personajes, que dirigen la res mansa de Italia, quienes preponderaron para que Italia se pusiese al lado del derecho y contra el imperialismo alemán, hoy proclaman también como una panacea o, más gráficamente, como artículo de primera necesidad la santa guerra de conquista. Porque, ¿qué otro medio les queda, sino anexas por las armas algún territorio limítrofe o lejano?

Ya lo vemos al "burattino" de Mussolini mariscado de tierra y mar. Un nuevo César redivivo que sueña con el "vini, vidi, vinci".

Pero oigamos al "L'Impero", órgano de la extrema izquierda reaccionaria del fascismo, si queremos reinos unos instantes. Dice así: "El fascismo tiene sus raíces en la guerra; y en la guerra tendrá que purificarse". Y añade: "Sólo por una guerra, y no por la política, Italia y el fascismo podrán alcanzar su verdadero destino".

Estos malhechores unen, en un sólo haz, Italia, sus cuarenta millones y pico de habitantes, y a ellos, productos espúres de los bajos fondos sociales. Remedan, en su ridículo pretencioso, la imagen del muchachuelo, quien, en ausencia de su papá, guardaba un birloche. Alguien, pasando a su lado, le preguntó:

—¿De quién es ese carromato?
—Es mío, y si quiero lo rompo, — contestó airado el chieuelo.

Ellos también pueden romperlo, y son así tremendos cuando se trata que otros combatan en la guerra, y desde casita dirigenla.

Poincaré "enfant terrible"

Poincaré, el personaje siniestro de la tragedia mundial, le ladra a Lloyd George una lengua letanía de improperios velados, dorándolos con una cortesía amablemente venenosa. Se indigna, escupe centellas contra la "encantadora broma del brujo de Gales". ¿Y todo por qué y para qué disgustarse tan neciamente con su antiguo compinche de las conferencias celebradas para desarreglar más el mundo, de como lo dejó la gran guerra, si bebieron en la misma copa, apurando las mismas mentiras, en una complicidad estrecha y fraternal?

Dos puntos son las piedras de escándalo y de discordia entre esos dos compinches. La desocupación de la cuenca del Ruhr y la negativa de Gran Bretaña para instaurarle un proceso al ex kaiser, a Hindenburg y a Adláteres. Si de este modo hubieron de proceder los dirigentes ingleses, fué para favorecerse a ellos y al mismo Poincaré. ¿Quién sabe la cantidad de podredumbre que habría surgido de ese proceso, suficiente para ahogarlos a todos, al kaiser, a los gobernantes franceses y a los británicos! Francamente, nos resulta un ingrato este Poincaré, y de una mala fe de tamaño natural, este imperialista furioso o "enragé", al darle ese guantazo a su compinche,

quien, mucho más prudente, más astuto, les salvó de las acusaciones que ahora se susurran "sotto voce" y un día saldrán a la luz.

La táctica del ex presidente francés es muy cómoda y tan simple de no engañar ya a nadie y se asemeja a la del ladrón que huye gritando: ¡Prendan, prendan al ladrón!

Con Poincaré pocos son los que juegan, es decir, que le tomen en serio. Quizás la única sea "La Nación"...

El rey Boris, alegre y confiado.

Si una hiena tuviese el don del habla, pronunciaría este pequeño discurso. Escuchen, escuchen, la hiena va a hablar:

"Una terrible calamidad ha caído sobre mi país, pero creo que nuestros estadistas — léase nuestros sirvientes — han conseguido capear lo peor del temporal, y espero que con la simpatía y la tan deseada ayuda de las potencias europeas, las dificultades a que aún se halla abocada Bulgaria, serán pronto vencidas del todo. Os aseguro que no desesperamos, y que tengo plena confianza en el porvenir."

Para "capear ese temporal" se asesinaron miles y miles de personas, se encarcelaron otras tantas o más y ahora el silencio y la paz de los cementerios impera soberano en Bulgaria. Delicioso eufemismo del lenguaje real, que a la masacre y la carnicería en masa le llama temporal...

La calamidad de la cual habla y que está aplastando a esa nación, ¿no será precisamente él y su cohorte de bandidos armados, asesinos de criaturas indefensas? Esto sí, no es eufemismo si no la pura y santa verdad, que pocos todavía reconocen.

Patriotismo y colonización

(Prefacio al libro del mismo título editado en 1903 por los camaradas franceses)

¡Patriotismo! ¡Colonización! ¡Los documentos reunidos en este volumen nos muestran ampliamente lo que hay que pensar de la "virtud" que se llama patriotismo y de esa gran obra que se glorifica bajo el nombre de colonización!

Confesemos ante todo que las dos palabras se prestan a menosprecios, a confusiones y a manifestaciones de hipocresía.

Sin duda es muy loable amar la tierra natal y las gentes de la propia región, y los bellos libros escritos en el propio idioma; sin duda es igualmente bueno establecerse como colono en un país lejano y desmontar la tierra con el sudor de la propia frente.

Si es eso lo que se entiende por patriotismo y colonización, no tenemos más que inclinarnos y desear todo éxito a los patriotas y a los colonos. Hasta debo decir que personalmente soy un ardiente patriota y que en mi juventud he tratado muy conscientemente de ser colono; aun hoy, lejos de mi pueblo natal y ganándolo,

me la vida en un país extranjero, soy aún colono a mi manera y sin el menor remordimiento.

Pero bajo los nombres de patriotismo y de colonización, se entiende de ordinario otra cosa. Las dos palabras son "palabrones" que cubren otras mercaderías que el amor a la tierra y el libre establecimiento en países lejanos. Si juzgo por los que más anuecan la voz para proclamar-se "patriotas", no hasta amar su país, querer a los amigos de la infancia, hablar su lengua con emoción y escrúpulo; es preciso también estremecerse de orgullo a la vista de una bandera — blanca, dicen unos; tricolor, dicen los otros; — es preciso marcar el paso al oír el tambor y el clarín; es preciso tomar el partido de su país, aun cuando no sea el justo; recogerse cuando la narración mentirosa o verdadera de una batalla habla de centenares o de millares de enemigos bañados en sangre, con los miembros rotos y las entrañas esparcidas. Ante todo conviene odiar a los que viven más allá de la frontera. El francés debe execrar al alemán y al inglés, y éstos devolver ese odio con usura. He ahí lo que exige el patriotismo. ¡Odiémonos los unos a los otros; tal es la doctrina del nuevo evangelio!

Con semejantes premisas, juzgado lo que entiende el patriota por colonización. Es el derecho a la perpetración de todos los crímenes. Felizmente esa estirpe no se compone únicamente de la multitud de los que se expatrian. La acción de los europeos sobre los pueblos extranjeros, se hace a la vez por los mejores y por los peores. Los mejores, los más valientes, los más audaces, y al mismo tiempo los más deseosos de aprender, algunas veces también los que huyen a la opresión y a quienes anima el altivo amor a la independencia, esos hombres de *élite* son los portadores de la antorcha y los civilizadores; es gracias a ellos como se difunden las ideas; como se aprenden los oficios y las artes; como se constituye la humanidad consciente, de prójimo en prójimo. Pero cuando se trata de las colonias verdaderas o pretendidas, obtenidas para la conquista brutal, por las cobardes agresiones del fuerte contra el débil, entonces son los peores los que vomitan la nación conquistadora para ir a tomar posesión de su territorio de rapina. Se dice la "madre patria"; pretende, con toda hipocresía, como para engañar a los ingenuos, "llevar la civilización" o "propagar los grandes principios" entre los pueblos lejanos, pero el fin indudable, bajo la cubierta de las fórmulas más honorables, no es otro que robar y saquear.

El "colonial" no tiene otro objetivo que atrapar, sea tesoros, sea tierras y los hombres que las pueblan, sea el poder y los títulos para el adelantamiento. La obra en su conjunto es mala, y los agentes que se emplean para realizarla convienen tanto más a la obra proyectada, cuanto más malos son ellos mismos. Acompañando a estos funcionarios civilizados vienen los mercaderes que reciben por misión especial la de crear necesidades a los indígenas habituados antes a una vida de las más sencillas. Los esfuerzos de los colonizadores pretendidos, se combinan para hacer nacer nuevas demandas, principalmente de aguardiente, o la de un veneno cualquiera, bautizado con ese nombre; para el negro a quien se impulsa a la locura, la moneda antes desconocida no tiene utilidad más que para la compra de ginebra o de algún otro menajure alcohólico.

La suerte del trabajador "libre", es aun mucho peor. Su tarea está prescrita y si no la cumple, si no trae el marfil o el caucho, o la goma copal, o el saco de mijo que se espera de él, ¡cuidado con el látigo, el garrote y hasta el cuchillo!

ELISEO RECLUS



UN PROGRAMA DE ACCION

LO QUE ES Y LO QUE PODRIA SER LA EDITORIAL "LA PROTESTA"

Nos satisface la preocupación que se nota en el anarquismo por los problemas de la realidad, por la intervención activa en cuestiones del presente que habíamos descuidado demasiado en honor a un abstracto mañana. Entendemos que el porvenir debe ser elaborado desde ya, con los materiales que nos ofrece la sociedad actual, poniendo las manos en la masa y no aislándonos de la vida real, como lo poetas líricos y los enfermos de la voluntad c los impotentes para el esfuerzo creador.

Así como, cuando se comenzó a discutir sobre la misión de los anarquistas al día siguiente de la revolución, hemos manifestado nuestro escepticismo y juzgado como un pasatiempo inofensivo e inútil la tarea de determinar hoy lo que haremos un día que no sabemos cuándo llegará y en medio de circunstancias que ignoramos, cuando se habla de trabajar en el presente para el porvenir, somos los primeros en dar el ejemplo y en abundar en proposiciones prácticas; creemos que las soluciones que hay que buscar deben responder a los problemas del hoy, no a los de una mañana indeterminado. Resolviendo libertariamente las cuestiones que nos plantea la vida cotidiana, estaremos, no cabe duda, bien preparados para resolver las cuestiones que nos planteará el futuro. La anarquía no es sólo una idea, es una regla de conducta; no se expresa sólo en silogismos racionales, sino en las manifestaciones prácticas de la existencia. Y hasta diríamos que la anarquía verdadera es la que se expresa en el pensamiento y en la acción, no la que se aísla en las altas regiones de la metafísica, del exotismo sectario, infundando el impotente.

El programa de acción que queremos exponer a la consideración de los amigos, — de los amigos de la anarquía, que son también nuestros amigos, lo mismo que sus enemigos son enemigos nuestros, — no contiene ningún proyecto belicoso, ni una proposición de sañete terrorista, ni un esquema de organización secreta a voces, ni ninguna de las características de los programas de acción de las novelas de detectives. Por acción no entendemos solamente dar puñetazos, disparar tiros, gritar en la calle y correr cuando llegan los cosacos. La acción para nosotros es lo contrario de la pasividad, y lo contrario de la pasividad es el esfuerzo, la tensión de la voluntad hacia una labor cualquiera, manual o intelectual o ambas cosas a la vez. La acción no es una simple movilidad exterior de los brazos y de las piernas; eso puede ser un movimiento fisiológico; la acción supone una finalidad, se expresa por el esfuerzo inteligente, dirigido y sostenido por la idea. En la acción, tal como nosotros la entendemos, la movilidad externa es un accesorio, no lo esencial; lo esencial es lo que pone la acción en marcha, el pensamiento, el esfuerzo volitivo.

Por eso no vacilamos en calificar de programa de acción el programa que vamos a exponer.

Antes de entrar en materia queremos hacer otras reflexiones preliminares.

Muchas veces hemos pensado y concluído en este axioma: no debemos exigir a los otros lo que nosotros mismos no estamos dispuestos a hacer. Y tampoco debemos exigir esfuerzos que estén por encima de las fuerzas de la mayoría o de las posibilidades del gran número. Algunos jovencillos que se entusiasmaron con la lectura de algunas novelas o de algunas leyendas románticas, se desesperan porque todos nuestros camaradas no secundan sus excentricidades. En su fogosidad de la primera hora sueñan, — en efecto, sueñan solamente, — con expediciones garibaldinas, con batallas contra los vigilantes, con barricadas, etc. Y cuando constatan que nadie les hace caso, claman que el movimiento va para atrás, que faltan virilidad y arrojo, que reina la cobardía. Pero esos son exabruptos irreflexivos. Hoy, dados los progresos de la técnica militar burguesa y la insignificancia de nuestros medios de re-

sistencia en ese dominio de la fuerza bruta, no es ningún placer ir tontamente a la calle a recibir golpes sin tener siquiera la posibilidad de devolverlos. Por lo demás se va abriendo campo la convicción de que disponemos de armas más arrolladoras, más hirientes, más mortíferas que los revólveres viejos de Desiderio Fúnes y de Kituro Uada. Lo que es preciso es no dejar es el olvido nuestro gran arsenal para echar mano a esos inofensivos juguetes que pueden caer en nuestras manos y que a lo sumo matarán un hombre, pero no a un sistema de barbarie. Los que amamos la anarquía y estamos convencidos de que sólo ella producirá en el mundo la libertad y el bienestar para todos, estamos seguros de que cumpliremos con nuestro deber cuando la ocasión se presente, pero ninguno siente una íntima satisfacción en morir aplastado por las ruedas de un camión o atravesado por las balas de un salvaje del escuadrón de seguridad. Tanto más cuanto que esa muerte no reporta a la causa ningún beneficio y sí una pérdida.

Si un compañero se niega a participar en una acción en que solo una parte está a nuestro favor y noventa y nueve en contra y a favor del adversario, está lejos de ser cobarde o de carecer de virilidad y de amor a la anarquía; obra mucho más sensatamente que el que incita a ir o va realmente a una derrota segura. No cuando tenemos noventa y nueve probabilidades en contra y sólo una a favor, no debemos arriesgarnos; es un principio estratégico elemental.

Nosotros no debemos medir la combatividad de nuestro movimiento y de nuestros camaradas por la disposición para el suicidio, — disposición que por otra parte sólo propagan con la lengua algunos enfermos. Se puede luchar por la anarquía mucho más heroicamente que de esa forma suicida que quisieran algunos. Lo fundamental es no considerar las ideas como un lujo, como algo que podemos exhibir los días de fiesta, pero que por lo demás no implica ningún esfuerzo de nuestra parte ni ningún espíritu de consecuencia. Lo fundamental es no esperar que el anarquismo caiga del cielo por las artes mágicas de un ser sobrenatural, sino penetrarse de la convicción de que podemos y debemos apresurar su advenimiento, actuando cada cual en el sentido que más se adapte a nuestro temperamento y a nuestra situación.

Todos podemos ser hombres de acción, pero es preciso que la acción esté en armonía con nuestras posibilidades y con nuestro espíritu. La acción es el esfuerzo, y, aparte de los enfermos de la voluntad, todos somos capaces de realizar un esfuerzo por la anarquía.

Hablemos ahora de la Editorial LA PROTESTA. La idea de la Editorial, que flotaba en el ambiente, se cristalizó, se precisó hace unos tres años. Su necesidad es bien evidente, pero tal vez no comprendan todos la gran significación del pensamiento matriz de esa empresa ni los fines que realmente persigue. Queremos explicarlos.

El libro es un factor ineludible de todo movimiento social; el anarquismo, en su estado actual, no sería concebible si suprimiéramos la acción del libro. No negamos ni menospreciamos la acción del propagandista, del orador, del organizador; no negamos ni menospreciamos la propaganda periodística ni el efecto de los grandes hechos revolucionarios; pero no desconocemos tampoco que sin el libro, sin nuestra literatura, todas las conquistas del proselitismo hubieran sido menos sólidas. Si con un esfuerzo de imaginación suponemos inexistentes la Casa Sempere de Valencia, la editorial de la Escuela moderna de Barcelona, la casa Stok de París y otras empresas, libertarias o burguesas, una gran parte de nuestro movimiento no se hubiera podido establecer ni consolidar ni concebir. Existen muchos factores que despiertan en el hombre la simpatía hacia las ideas anarquistas; uno de ellos, y de los más importantes, es el libro revolucionario; además el libro interviene eternamente en la evolución espiritual del hombre; se

convierte en el compañero indisoluble de todo anarquista. Visitad las viviendas obreras: a primera vista nomás, distinguiréis donde vive un anarquista y donde vive un indiferente o un partidario de una fracción política: según la existencia o no de libros en la casa. El anarquista, cualquiera que sea su grado de cultura, no vive nunca sin tener a su lado algunos libros o algunos folletos favoritos y su aspiración sería aumentar todo lo posible su biblioteca, estar en contacto con aquellos hombres que han enriquecido en el curso de nuestra historia el pensamiento libertario.

Cuando se habla de Ferrer, nos recordamos de sus ideas pedagógicas, de su muerte. Raramente los acordamos de la labor editorial formidable que llevó a cabo y que en parte todavía es actual. Ferrer era un hombre de un gran sentido práctico y consideraba muy acertadamente las necesidades de la propaganda. Ha visto que la idea de la Escuela moderna sería siempre un pensamiento platónico sin renovar toda la literatura pedagógica, escolar y post-escolar. Si hubiera vivido, la editorial por él fundada, que comenzó con pequeños manuales didácticos para las escuelas, hubiera culminado en una vasta empresa de publicaciones anarquistas, como lo prueban las ediciones de "El Hombre y la Tierra" y de la "Gran Revolución". La visión de Ferrer en lo que se refiere a la misión del libro anarquista parece haber sido bien clara y eso le hubiera llevado a una evolución que ya se había iniciado: a hacer de la editorial, no una simple dependencia de la escuela, sino todo lo contrario, el centro de sus actividades revolucionaria, y de la escuela un accesorio de la editorial. La reacción nos llevó prematuramente a ese hombre que disponía de medios y de una buena comprensión para echar los fundamentos de un poderoso aparato de propaganda. Pero no obstante, es imposible desconocer que la obra editorial de la Escuela moderna ha ejercido una gran influencia en todos los países de habla española y la ejerce todavía.

Después de la muerte de Ferrer, la edición de literatura anarquista en lengua española, tan fomentada por la sed de trabajo de V. Blasco Ibáñez, el organizador de las publicaciones de Sempere, sufrió un eclipse; la guerra paralizó completamente los esfuerzos en ese sentido y la acritud de las disidencias sociales después de la conflagración mundial hicieron desistir a los editores burgueses de la explotación de nuestra literatura.

Las necesidades de la propaganda y las aspiraciones espirituales del proletariado revolucionario pusieron a la orden del día en casi todos los países la reimprección de nuestras obras clásicas y la renovación y actualización de nuestra bibliografía. En los países germánicos esa tarea fué emprendida por la F.A.U. de Berlín y por *Erkenntnis und Befreiung* de Viena, principalmente por la primera; en Italia se fundaron diversos grupos editoriales, como *Tempi nuovi*, *Editrice sociale*, de Milán, etc., y lo mismo en Holanda, en Suecia, en Francia. Para los países de habla española hasta aquí el centro editorial había estado en España, pero los ensayos hechos para continuar esa tradición fracasaron, unos por razones de insuficiencia y otros por otras razones. Una de las mejores ideas fué la de la colección *Inquietud* de Barcelona, y sin embargo no pudo sostenerse ni prosperar. Fué entonces cuando Buenos Aires tomó la iniciativa de responder a una imperiosa necesidad del movimiento y en un par de años se convirtió en el centro de la renovación de la literatura anarquista y de su enriquecimiento. La iniciativa de Buenos Aires fué una labor consciente desde el principio y está todavía en sus primeros balbuceos, pero sobrepasa en claridad de fines a todo lo que se hizo hasta aquí. Es verdad, se apoyó en la experiencia y recogió las lecciones de todos los esfuerzos frustrados en España y en la Argentina y además tuvo por guía el contacto directo con las masas revolucionarias y la auscultación de los latidos del corazón colectivo.

La Editorial LA PROTESTA ha nacido consciente de que su misión era llenar el vacío que hubiera llenado la editorial de la Escuela moderna si la reacción española no hubiese cortado la existencia valiosa de Francisco Ferrer.

Las dificultades de éstos años han sido formidables, en el camino de la editorial se han encontrado obstáculos casi

invencibles; lo que debió ser acogido como una promesa de las más halagüeñas posibilidades, ha sido mirado con desden por unos, con envidia por otros, con indiferencia por los más. Es indescribible lo que ha costado mantener durante los últimos dos o tres años la *idea misma de la editorial*; en el terreno práctico no se entró apenas; los cinco o seis libros editados no demuestran nada todavía, lo único que han hecho es no dejar abandonada la idea de la creación de la empresa editorial. Por lo demás todo queda por hacer; el verdadero plan trazado, lo fundamental de ese vasto pensamiento no ha sido iniciado aún. Los hermanos enemigos, los que se empeñan en quitarnos el sol y los que se placer en arrojarnos piedras son los culpables de que no contemos ya con una parte de los frutos de la Editorial LA PROTESTA.

Nosotros estamos tan firmemente convencidos del gran valor que tendrá para toda una generación, la realización del plan editorial propuesto y que podría ser culminado en cinco o seis años de labor tenaz e incansante, que no vacilamos en llamar la atención de los camaradas y en invitarles a alistarse entre los amigos de esa idea y a cooperar en su pronta realización.

Aquella revolución inmediata que esperábamos hace cuatro o cinco años, ha pasado al dominio de las ilusiones. Esta hora es hora de reacción y todo nos pone ante la perspectiva de largos y terribles esfuerzos. Es esta pausa forzosa la que quisieramos aprovechar para dar un impulso a la difusión y a la consolidación de nuestro movimiento, para arraigar más hondamente en la conciencia de las nuevas generaciones, para demostrar al mundo la seriedad y la indestructibilidad de nuestra idea. — La Editorial nos pondría en camino para asegurar por muchos años una marcha ascendente hacia el porvenir.

No somos exclusivistas, y no negamos el valor de esfuerzos en otro sentido; todos los esfuerzos sinceros se penetran y se complementan. Pero la Editorial, tal como podría desarrollarse según el plan de LA PROTESTA, sería la mejor colaboradora de nuestra obra revolucionaria de organización, de lucha contra el capitalismo y el Estado, de propaganda ideológica, de reclutamiento de nuevos adeptos.

Más de una vez hemos hablado contra los libros, contra las pretensiones de los empapados en algunos conocimientos superiores a los de la mayoría del proletariado, contra la autosuficiencia del que se cree superior a los demás porque sabe decir dos palabras sobre Sócrates y sobre Nabucodonosor. Sentimos un cierto desprecio por la ciencia libresa, y para la revolución nos interesa mucho más un trabajador analfabeto, pero con buen sentido, y con una comprensión natural de lo bueno y de lo malo y una sensibilidad natural también para la justicia y la injusticia, que una de esas bestias de carga de las Universidades alemanas, aisladas de la vida, incapaces de sentir ni de pensar ni de comprender fuera del dominio especial de sus investigaciones científicas. Además nos irrita la tontería suprema y la pretensión de quienes por haber leído algunos libros de metafísica o de cualquier otra cosa que no han comprendido ni digerido, se colocan por encima de la mentalidad revolucionaria de los trabajadores y aspiran a que éstos se postren de hinojos ante ellos.

Contra ese barniz universitario y científico, contra esa vacuidad y ese orgullo de los que piensan sobreponerse al proletariado y dictarle preceptos y exigirle pleitesía a causa de la posesión de un cierto número de conocimientos filosóficos, de fórmulas matemáticas o químicas, nosotros oponemos nuestras ideas, nuestros sentimientos, nuestras aspiraciones. Lo que el proletariado revolucionario piensa y quiere es totalmente independiente del científico. Los trabajadores elaboran un nuevo mundo en su cerebro y en su corazón, una nueva moral, una nueva economía, una nueva civilización, a cuyas bases fundamentales deberá subordinarse todo un día. Cuando nosotros soñamos con la gran significación del libro para cooperar en la obra de la revolución, no nos referimos al libro de la ciencia oficial, al libro de los conocimientos más o menos inútiles o sólo indirectamente beneficiosos, sino al libro que contiene y estimula el mundo nuevo que se va elaborando poco a poco en la conciencia de los oprimidos y de los explo-

Las artes plásticas en el extranjero

Croquis, de Alejandro Jacovleff

Alejandro Jacovleff nació en 1887 en una ciudad que cambió tres veces de nombre: Petersburgo, Petrogrado y ahora Leningrado, bajo el régimen rojo. Cursó sus primeros estudios en la Academia de Bellas Artes, con el profesor Kardovsky. En 1913, fué agraciado con una bolsa de viaje o beca, que le permitió visitar varios países del Extremo Oriente, empezando su gira en 1917, trasladándose a China, a Mongolia y a Japón.

De su permanencia más o menos dilatada en esas tierras fascinadoras por su extraño y misterioso exotismo, ¿qué trajo el artista en su vendimia de impresiones y de labor afiebrada? Pinturas de tonalidades nobles y sintéticas, exaltando el sentido decorativo; dibujos en dos tonos, y numerosos croquis que llenan una docena de cuadernos y algunas carpetas.

Todos esos trabajos se los verá firmados con caracteres chinos, tratando de transcribir aproximadamente su nombre. He ahí descifrados los geroglíficos: *Ju Kou Lo Fu*: Jacovleff.

Unos ratos de contemplación ante estas pinturas, dibujos y croquis, harán que no se olviden más: tan intensa es la personalidad que se devela en esas diversas modalidades. En apretada y deslumbrante teoría desfilan tipos que son suma y símbolo de una determinada clase social. V. g.: la actriz china, vestida de una túnica roja, ofreciendo el escorzo armonioso de un ademán de súplica con sus brazos flexibles, que rematan en los capullos de sus manos de largos dedos; los espectadores de un teatro pekinés, contemplando desde el paraíso un drama conmovedor, con una atención tan ardiente, que les críspala la frente, les levanta los párpados y les hace abrir la boca; los pescadores de algas de Oshima, desnudo uno, trepando cuesta arriba, con su cuerpo bronco encorvado por el peso de una pesada canasta; otros reposando en cuclillas, agazapados, concluida la dura labor.

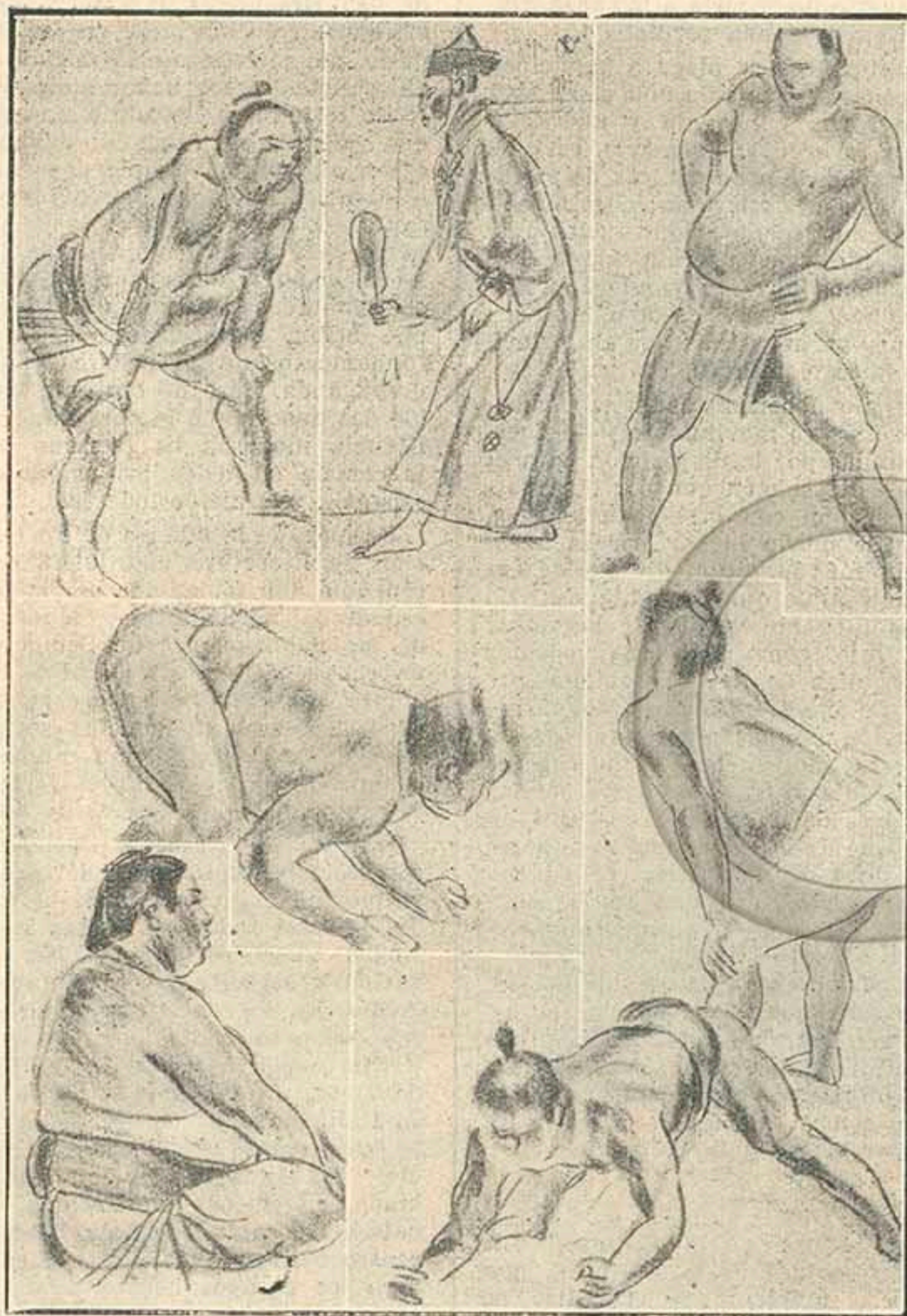
En los croquis les falta, naturalmente, la suntuosidad de los colores la amplitud de las composiciones armoniosas y la distinción del estilo que caracteriza las pinturas. Su ventaja, en cambio de ellos, se halla en que nos parecen más vivientes y más próximos a una realidad inmediata: nos revelan, además, mucho me-

tados. No nos importa que la mayoría de nuestros camaradas no sepa quién fué Sócrates ni cuáles son las obras de Euclydes. Lo que nos interesa es que progresen en el pensamiento y en el sentimiento que ha de transformar la humanidad. Ganamos muy poco con saber algo o mucho de tal o cual disciplina científica o con ser grandes sabios si somos luego incapaces de sentir una chispa de rebeldía contra la injusticia, contra la tiranía y contra la desigualdad. Nuestros libros no son los libros de la Universidad burguesa; nuestros libros no tienden a llenar la cabeza de los trabajadores de cosas que no les interesan y que no les hacen falta; nuestros libros no están llamados más que a despertar y a estimular esos sentimientos y esos sentimientos naturales que germinan entre los explotados y los oprimidos, — esos sentimientos y esos pensamientos que constituyen la base de toda evolución humana, de todo cambio de la actual civilización de la barbarie y del crimen.

D. Abad de Santillan

(Concluirá)

Por las impresiones instantáneas experimentadas por el artista en ese ambiente nuevo para él. Algunos trazos rápidos de su lápiz, manejado nerviosamente en el calor de la creación, y el modelo surge con rasgos indelebles. Eso basta para evocar formas plenas, sólidas, y asimismo el movimiento y la agitación de los cuerpos. A veces esos croquis hechos de primera intención, sugieren una asombrosa sensación de densidad, comparable a las que nos dan las lentas creaciones de la escultura. También a menudo esas pequeñas imágenes inmóviles nos parecen los fragmentos de una cinta cinematográfica, esperándose que en la página siguiente continúen los movimientos comenzados.



ALEJANDRO JACOVLEFF — (Japón) "Luchadores"

En el medio: el Arbitro

Algunos de esos croquis sumariamente coloreados o llevando la indicación de las tonalidades, sirven para preparar dibujos más cuidados y concluidos, así como las pinturas. En uno de sus cuadernos se encuentran los espectadores, que colocara en una grada de un teatro pekinés; en otro se puede seguir la manera con la cual pudo surgir, en la imaginación del artista, el cuadro de los pescadores de algas. Pero varios de esos dibujos y de sus cuadros han sido pintados sin la ayuda de croquis suplementarios. Y la mayor parte de ellos, tampoco serán utilizados. El artista lo hizo para "absorber las cosas", para "absorber la vida", como se complace en repetir a menudo.

Lo que más le atrae en la naturaleza, es la humanidad que vive en ella; y en esa humanidad, los arquetipos, los movimientos y el dinamismo de los cuerpos. En sus cuadernos de apuntes, no se encuen-

tra casi el paisaje; y cuando existe, es muy sumario, expresando, sobre todo, ciertos aspectos de la naturaleza, transformada por el hombre: la gran muralla china, trepándose a los cerros y las pequeñas aldeas con las chozas de techos de paja, acostadas a la falda de algún collado. Nunca monumentos ni obras de arte. Algunos objetos familiares bastan para satisfacer sus gustos y sus exigencias pictóricas. Como revancha a esas limitaciones, gran profusión de hombres y mujeres: figuras, siluetas, gestos y actitudes expresivas.

Se pueden ver chinos obesos, adiposos, como es propio a gente que llegó a la cúspide de la riqueza, del confort doméstico y a la alta situación social; otros, delgados, menos nutridos y de una profesión más modesta; éstos asombrosamente finos y sagaces, mientras aquellos perfectamente estúpidos. Al contemplar esos bocetos o esquices, el más rutinario de los europeos comprenderá cómo los componentes de la raza amarilla difieren

los marineros. Pero lo que más le atrae es el elemento pintoresco del teatro chino, con sus actores, actrices, músicos y la muchedumbre de sus espectadores. Los croquis de actores y comediantes, es lo mejor logrado: disfrazados o enmascarados — ciertas máscaras son demoníacas, terribles en su irrealidad — las cejas oblicuas acentuadas, a veces, una larga y rala barba pende del mentón y de las orejas, poblado de pelambre el labio superior; la cabeza tocada de una diadema movible, engarzada de perlas y trozos de vidrio destellantes; los cuerpos envueltos en suntuosa selería, bordada de dragones y de caracteres de feliz augurio. He ahí el espectáculo que se le ofrecía a sus ojos en todo su esplendor asiático. En uno de esos croquis, retratando la farandula chinesca, con la sola oposición de tonalidades blancas, grises y negras, se perciben los colores del ropaje suntuario. Todos esos tipos chinos son dibujados con verba vivaz, de un humor indecible; pero sin que haya en ellos el ánimo de una agria mordacidad. Jacovleff no se parece a ciertos europeos, quienes creen en el deber de encontrar los amarillos ridículos. Al contrario, reserva, a su vez, toda la ironía para los blancos que halla a su paso en el Extremo Oriente. Esos danzantes de fox-trott, observados en el Carlton de Shangay cerrando contra su pecho una diminuta mujer-muñeca con gran descote; esos cantadores de café-concierto que se pavonean en Pekin; ese diplomático del insolente monóculo, son todas ellas excelentes caricaturas.

En Mongolia, Jacovleff dibuja sus habitantes, sorprendiéndolos en la intimidad de su vida cotidiana. Allí encuentra en su nido a esos sacerdotes representantes de un budismo deformado, volviéndolos a ver en su magnífico templo de Pekin; y allí anota su aspecto extraño, la testa rapada de unos y las altas mitras en forma de cascos de otros. Algunos de esos croquis, rápidamente coloreados, exhiben algunos músicos lamas, con la cabeza desnuda o cubierta de un pequeño sombrero cónico, soplando con atenta gravedad en sus flautas o en sus *biskur* o dejando errar los dedos a la merced del hábito sobre las cuerdas de la guitarra, o tirando el arco sobre el puente de un pequeño violón.

En Mongolia dibujó algunos animales: búfalos, al costado de coches que arrastraban, o en color, camellos barcosos, irguiéndose sobre el tono verde de un horizonte muy bajo; o un ciervo en reposo, con uno de sus cuernos rotos, que yace con cierta gracia ininteligente y casi aristocrática.

También estuvo en el Japón. Es verdaderamente una gran alegría para un artista que se apasiona por observar las formas y los movimientos de los cuerpos, así como la originalidad de los gestos tradicionales, debido a la influencia de una civilización antigua y lejana, hallarse en un país como éste.

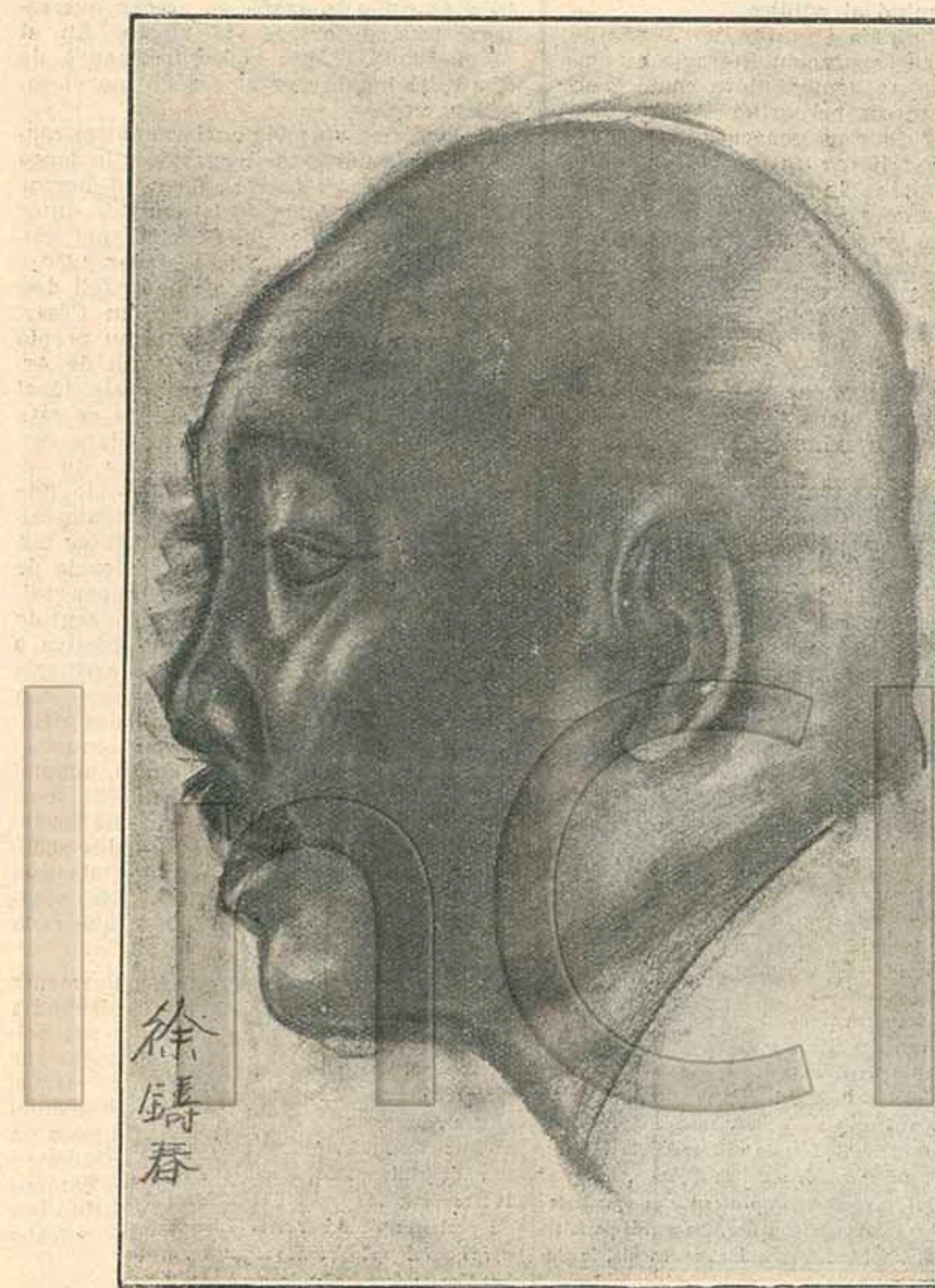
Por lo pronto, según constatará un japonés, el "desnudo, viéndolo siempre, nunca es mirado", o contemplado con detención.

Pero esto para un artista debe ser una excepción a la regla, si además se trata precisamente de un artista europeo. Los japoneses ignoraron por mucho tiempo, y más en el campo y en las islas alejadas — ciertos aspectos del pudor occidental, y también nuestra impudicia. En la isla Oshima, Jacovleff vivió entre los pescadores desnudos. Siendo un gran curioso de la anatomía humana, los dibujó con mano alerta y mente atenta, en el

moviéndose de sus actitudes, gestos y ademanes propios de su oficio.

En Yokohama, en Tokio y en sus alrededores, — el artista no tuvo la ocasión de vivir en la exquisita Kioto — qué croquis interesantes hubo de hacer. Los rostros son tan diversos, variados y diferentes, que es un muestrario de caracteres, donde alternan los de finura aristocrática; otros perfectamente vulgares y muchos grotescos, trágicos en su fría impasibilidad, pero casi ninguno ridículo, con la ridiculez occidental. Japoneses y niponas se duermen fácilmente en los ferrocarriles, lo que siempre resulta una feliz coyuntura para que el artista se abandone a su favorita inclinación, sin ser tachado de indiscreto. En esos carnets y cuader-

chan casi con todo el cuerpo desnudo, y son dirigidos por un árbitro, ataviado con un vestido tradicional, quien tiene en una de sus manos una pequeña pantalla. Todos los rasgos característicos son acentuados y revelados en esos voladores croquis: sus testas macizas de brutos, el cuerpo bestial del monstruo humano, y en sus ademanes profesionales de defensa y ataque. Se los contempla sentados, esperando turno, exhibiendo en su reposo las mamas adiposas, el vientre enorme y su dorso poderoso; en seguida, inclinados en cuatro patas, enfrentándose; después doblados, apoyados en las manos, prestos a saltar en un cuerpo a cuerpo, en el que los músculos se extienden bajo la tirantez de la piel.



JACOVLEFF — (China) — "Estudio de cabeza"

nos, cuántos durmientes de ambos sexos! Hasta se percibe el dondoleo de las cabezas: es decir, el cabecear de adormecidos y adormecidas.

De ahí que no se acuerdan de las prohibiciones, fijadas en los tranvías de Tokio: "No se permite roncar".

Jacovleff anota, además, todos los detalles de la vida japonesa y los gestos ejecutados por el impulso automático de costumbres curiosas. Los croquis más interesantes son probablemente los que sorprenden los movimientos de los esgrimistas y de los luchadores. La esgrima sabe ser un ejercicio altamente apreciable entre los nipones. Los esgrimistas, con el rostro recubierto de una máscara y el pecho protegido por una especie de coraza, cambian golpes, empujando largos saúles y emitiendo gritos guturales. Se diría un combate de la edad media. El pueblo, por su parte, experimenta intensa pasión por la lucha. Estos luchadores forman una casta aparte y hereditaria. Son de una corpulencia enorme, comparados con la mayoría de los demás hombres. Sobre el ocupicio se enrollan una corta coleta, como una virgula y pa-recida a la de los toreros españoles. Lu-

chan casi con todo el cuerpo desnudo, y son dirigidos por un árbitro, ataviado con un vestido tradicional, quien tiene en una de sus manos una pequeña pantalla. Todos los rasgos característicos son acentuados y revelados en esos voladores croquis: sus testas macizas de brutos, el cuerpo bestial del monstruo humano, y en sus ademanes profesionales de defensa y ataque. Se los contempla sentados, esperando turno, exhibiendo en su reposo las mamas adiposas, el vientre enorme y su dorso poderoso; en seguida, inclinados en cuatro patas, enfrentándose; después doblados, apoyados en las manos, prestos a saltar en un cuerpo a cuerpo, en el que los músculos se extienden bajo la tirantez de la piel.

Los japoneses adoran, además, el teatro. La aristocracia y los hombres cultos, se interesan particularmente en los dramas líricos de origen religioso (*kel nos*) y las pequeñas comedias que los acompañan (las *kyogen*). Jacovleff desgraciadamente no tuvo ocasión de estudiar el *no*, (drama o tragedia), ese arte de una originalidad y de una profundidad admirable, que apasiona a los conocedores. Dibujó solamente algunos actores del *kyogen*: guerrero con vestido antiguo, que lleva una espada en una mano y un abanico en la otra. Según el modelo, adoptado en el medioevo, el pantalón es tan largo que arrastra como si fuese la cola de una mandarina, mientras que el pie se halla a la altura de la rodillera.

Pero en cambio, Jacovleff frecuentó mucho los teatros populares, así como el teatro imperial de Tokio. Reprodujo en sus cuadernos los atavíos de los actores, correspondientes a la época donde transcurre la acción de la pieza, magníficos guerreros con casco y coraza; mujeres de abundantes cabelleras; campesinos envueltos en capas de paja tejida para protegerse de la lluvia, cargando una bolsa

con la cabeza cubierta por el sombrero cónico de paja. Se hallan anotados sus gestos y sus expresiones. Los guerreros conversan arrodillados o cambian formidables golpes de espada; a veces sus ojos semicerrados y la mueca de su boca quieren expresar la cólera, buscando inspirar pavor. Los sacerdotes ejecutan gestos rituales. Las mujeres intentan disimular sus emociones, o al contrario, las gritan, las aullan, quedándose con la boca abierta. Ese teatro es eminentemente realista; no vacila en representar escenas íntimas, de tortura, de muerte, de suicidio. Jacovleff anota las diversas fases de *Karakiri*. Fué siempre la forma honorable del suicidio: consiste, como ya se sabe, en matarse abriéndose el vientre; tampoco se olvida de dibujar el personaje que se llama *sombra*: es un actor que ha de auxiliar, vestido y encapuchado de negro, considerándolo invisible para los espectadores, que alcanza al personaje principal de la pieza ciertos objetos accesorios, o le aproxima a la extremidad de una larga vara, una candela encendida a fin de que le ilumine el rostro y para que los espectadores no pierdan ningún detalle de su juego escénico.

Después de haber abandonado el Japón, el artista no hizo más apuntes en sus cuadernos que algunas escenas observadas a bordo del barco en que viajaba. Por ejemplo, pasajeros indígenas durmiendo la siesta sobre el entrepuente, apastados por el calor, durante la travesía en los mares de la India.

Los conocedores de las estampas japonesas, gustarán comparar los croquis del pintor ruso con los grabados contenidos en el album (Mangwa) de Hokusai. Y de buen talante aplicarán la fórmula que ese gran artista, escribía acerca de sus propios dibujos: "Me apercebo que mis personajes parecen huir del papel en que se hallan fijados. Pero felizmente el impresor, para que no lo hicieran, les cercenó los nervios."

Una curiosidad simpática para las razas que viven en un extremo opuesto al nuestro, conduciendo una vida totalmente diferente a la nuestra; la pasión por lo pintorescamente exótico; una visión nítida aguda de las formas plásticas y de los cuerpos en movimiento; un dibujo ágil, vivo, nervioso, interpretando maravillosamente las expresiones, los gestos, los movimientos humanos; un arte sincero, directo y seguro, son las cualidades capitales que convendría admirar en los croquis de Jacovleff.

F. Ch.

FOR LOSSALONES

HANS PAAP (Van Riel)

El catálogo de esta muestra, lleva como subtítulo "Paisajes tropicales del Brasil". Al contemplarlos por unos instantes nos parece que también hubieran podido ser de Noruega o de Siberia. La frialdad esotérica y espiritual nos sugirió esta reflexión. Los cuadros que desfilan mientras caminamos, denotan que fueron pintados con el mismo candor o estupidez como se pinta una puerta. Esos verdes sin vibraciones, tan fríos de hacernos tritar, sin contrastes que los equilibren; esos árboles que parecen suspendidos por un hilo con fustes de una delgadez inverosímil, son la obra de un profesional que produce apresuradamente sin un control mental y anímico. La calidad típica de estas composiciones es que reasumen concentrados los defectos todos

de las escuelas realistas, o más bien fotográficas. Los dibujos, idioma inconfundible para definir el grado temperamental de un artista, son tan fofos, inanes que dijéranse confeccionados con los antiguos esfuminos de las academias. No existe una nota de color francamente cálida, ni el nervio de un trazo orgánico y vertebrado.

En los paisajes, además, anotamos un desequilibrio evidente de relación entre los primeros planos, y los siguientes. "El pleno encanto de Río de Janeiro", en la limitada modalidad de este artista, es el más cuidadosamente trabajado. Asimismo, esa impresión de tropicalidad plástica que mentan los carteles y los catálogos, no logra ni apresaria en esta composición. La pintura que tenemos ante nuestros ojos es solamente una ampliación fotográfica de una naturaleza que es todavía una convención de lo convencional. Hay fotografías que poseen más calidad artística que estos paisajes. Con esto hemos pronunciado su condenación definitiva. Lo bueno es que las faltas y defectos, flojedades y desarmonías, se hallan de tal modo visibles que enseñan a evitarlas. Con un Henry Martín, salvando las distancias, adoleciendo de parecidas y tamañas fallas, especialmente en lo lanoso de la materia y la poca solidez de sus superficies coloreadas, ya es más apto a despistar, hasta para los que pretenden entender en cuestiones de arte.

Por eso mismo, porque el estudio de valores artísticos diferenciales enseña y alecciona, fué lo que nos incitó a escribir estas pocas líneas.

El entusiasmo y el heroísmo

Tengo por merecido el desdén que sintiera Locke hacia el entusiasmo. El espectáculo de un entusiasmo es siempre desagradable para el sincero que no deja de advertir en él un falso idealismo, una ausencia de realidad, un artificial desarreglo y un flogismo artificial.

El *consensus gentium*, como acostumbradamente, se equivoca: no es el menosprecio de los defectos — necesidad metafísica de panteístas — lo que hace al entusiasta, ni lo es tampoco la exaltación de las virtudes — magia de ingenuos. Lo propio de él consiste en alterar caracteres, en desfigurar naturalezas, en corromper ideas.

Ved a este hombre, todo ademanes, arrebatos y ditirambos. En su gesto parece anidar el "divino furor" que enagena el alma de Casandra. Acercáos a él. Una vida automática lo mueve; todo ambiente de pasión se ha borrado dejando en su lugar un plan superficial de emociones, una simulación retórica fuera de la cual se mueve, ignorado, el espíritu del mundo.

En el entusiasmo, la voluntad exterior a la idea, gira en torno de ella sin penetrarla sin incorporársela. La exterioridad llega comunmente muy lejos y decir entusiasmo equivale a decir, no pocas veces, inteligencia completa, en todas, incompreensión parcial. Centro petrificado, divinidad postiza, la idea no tiene otra misión que recibir cortesías y disculpar excesos. Así el entusiasta, en su inferior tendencia, muda fácilmente de rumbos, e invariable cambia de entusiasmo sin alterarse. A la idea no vivida corresponde una fuerza externa que no amengua. En el alma del héroe la idea vive con él — nada más la idea vive en el alma del héroe — y su término es el término del alma heroica. El entusiasmo sobrevive al fracaso de todos los entusiasmos.

Por su origen, el entusiasmo aspira, ante todo, a un fin social e implica, en el fondo, incapacidad de pasión. La acción del entusiasmo nace de todos y va destinada a todos en la plenitud que tiene para comprender que el único valor de una

idea consiste en tenerla. Y apasionado como ha de serlo si clasificable, geométrico, arbitrario responde a un temperamento de activo mediocre, que jamás ha sentido el oscuro trabajo del alma, para el que no son el sobresalto y la duda, el amargo placer del propio descubrimiento, el acre encanto de observar cómo se orienta la personalidad multiforme en un ritmo obsesante, precipitado y trágico, hasta llegarse a ser la propia víctima, el instrumento de un dios furioso y cruel. Nada hay más lejano del entusiasmo que la locura, forma exagerada de la pasión.

El entusiasmo halla su mayor contraste en el heroísmo. En el héroe la idea es el centro de la fuerza, la fuerza misma. Allí todo es actividad estéril, muerta, incongruente, triunfo de lo múltiple sobre lo uno. Aquí todo es movimiento interior, vida infinita, acción universal. El héroe es intransigente, agresivo, batallador. El ama la resistencia, en la que se siente nacer. Cada paso suyo es un deslumbramiento, porque cada acción heroica es una acción profunda, una acción libre, para hablar con Bergson, o una acción de necesidad trascendente, para hablar con Schopenhauer. Todo el vigor de la acción heroica procede de la acción misma. El héroe, inconsciente de su fuerza, la entrega, la desborda, con la generosidad de las fuentes inagotables. El sabe, instintivamente, que "tiene sus raíces en la eternidad", que su acto es único, místico, que de él nacerán nuevos actos heroicos por la misma necesidad que preside la multiplicación de los gérmenes. El conoce su vida, en lo que tiene de heroica, es una vibración universal, un sacudimiento orgulloso del ser, una liberación de los dioses adversos que lo empujaban.

Por eso la acción es incommensurable, no reconoce principios ni obedece a fines — principios y fines, torpes inventos para imitar el heroísmo.

Por eso también, la acción heroica es proteica. Recordad el dulce heroísmo de San Francisco, el magnífico heroísmo de Platón, el orgulloso de Giordano Bruno y el miserable de Romano de Ezze-lino. Recordad, igualmente, el humilde heroísmo de las carolingias que desafiaban las iras de su emperador, cantando en voz tenue, al oído de sus amantes, canciones amorosas.

CARLOS DIAZ PUFOO

Mensaje de la Anarquía

A todos los hombres sin distinción de clases ni de nacionalidades:

—SALUD!

La humanidad ha alcanzado un grado tal de conocimientos, de sensibilidad, que la impulsan y la conducen hacia la anarquía. La anarquía es la expresión sintética de la evolución ascendente de la vida humana. La idea de la anarquía precedió e inspiró siempre la acción civilizadora de las generaciones. La síntesis ideológica que encarna y expresa el pensamiento anarquista, es la manifestación inequívoca de todos los esfuerzos, de todos los anhelos, de todas las inquietudes experimentadas por el espíritu humano, en su noble y constante ansia de un mayor grado de civilización, de libertad y de justicia. Las ideas anarquistas son las manifestaciones anticipadas del porvenir humano, porque ellas involucran en su significado moral y social, los frutos de las experiencias y de los conocimientos que la humanidad contiene de la vida. En ese contenido del espíritu humano late el pensamiento anarquista, como en un rayo de luz palpitan las futuras posibilidades de otros mundos, de otras vidas. La anarquía es la vanguardia de la civilización.

La salud moral de un pueblo radica y se mide por el grado de libertad, de justicia y de civilización que lo impulsa y lo conduce a un porvenir mejor. Las generaciones que nos precedieron en el curso de la evolución creadora, contribuyeron en la medida de sus fuerzas y de su

capacidad, con su dolor, con su sangre y con sus conocimientos, en la lucha cruenta para acrecentar el patrimonio común de la humanidad con las conquistas de la libertad y del ingenio humano. Vivir es aportar nuevas conquistas al patrimonio común de la vida, y para que las futuras generaciones se sientan estimuladas y en disposición mental de disfrutar y contribuir al mayor bienestar posible de la vida de la humanidad. En este sentido, el movimiento anarquista se afianza en la conciencia de los pueblos que sufren y gimen bajo el dominio infamante de la explotación capitalista y de la tiranía del Estado. Así entendemos y valoramos la vida, contribuyendo con nuestras ideas anarquistas a la obra de redención social que promovió en todas las épocas de la historia los grandes movimientos de la civilización humana.

Y por último: Llegue el pensamiento de este breve mensaje de la anarquía, a la conciencia y al corazón de todos los hombres que sufren el mortificante dolor de ver a los pueblos esclavos e ignorantes, víctimas de la tiranía más degradante y de la explotación más infame; llegue este mensaje de la anarquía a todos los proscriptos y encarcelados, como una voz de aliento y de solidaridad; repercuta en el alma de todos los oprimidos, de todos los hambrientos, de todas las víctimas del capital y el Estado, como un canto augural del porvenir.

Por nuestros hijos, por nosotros mismos ¡Viva la Anarquía! Por nuestra vida, por la vida de toda la humanidad ¡Viva la Anarquía! Desde las horcas, desde las cárceles, donde quiera haya una vida sedienta de libertad y de justicia, se oirá este grito de dolor y de protesta: ¡Viva la Anarquía!

LIBERATOR

Autopsia

Flaco doctor, que con un ojo atento y un deseo bárbaro e intenso, diseacas mi carne desnuda y la atormentas con tu hoja fría, acerada.

¡Escucha! ¿Sabes quién fui? Desafío la mordedura impía de tu escalpelo; aquí, en la horrible cámara sepulcral, te cuento mi pasado.

Crecí sobre las piedras del camino. Nunca he tenido casa ni padres. Sin zapatos, sin cinto y sin nombre, erré detrás de las nubes y los vientos.

...He conocido todas las crueldades fatigas y las miserias oscuras; he pasado a través de poblaciones lívidas y hostiles, a través de lágrimas y temores.

Y por fin, un día, sobre el cojín blanco de un hospital, un pájaro negro de uñas encorvadas me cubrió con sus alas.

Y morí así, ¿comprendes?, sola como un perro perdido; morí así, sin oír una palabra de esperanza o de salvación.

¡Cómo es brillante y negra y abundosa mi cabellera flotante! Se me sepultará bajo la tierra helada sin un beso de amor.

¡Es virgen y blanco mi cuerpo flexible y cómo es esbelto! Y ahora lo desfloras con el beso de tu escalpelo.

Sonda, taja, diseaca, corta y desgarras, doctor infatigable y mudo. ¡Regocijate con mis vísceras, sáciate de mi cuerpo vendido!

...Penetra con tu cuchillo hasta las últimas fibras y desgarras mi corazón, y busca en él el sublime misterio del enfiamento!

Así, toda desnuda bajo tu mirada, sufro aún, ¿sabes? Te miro con mis pupilas vívidas y no me olvidarás... Pues de mis labios se exhala, en la convulsión última, un ronco suspiro, un aliento de dolor y de maldición.

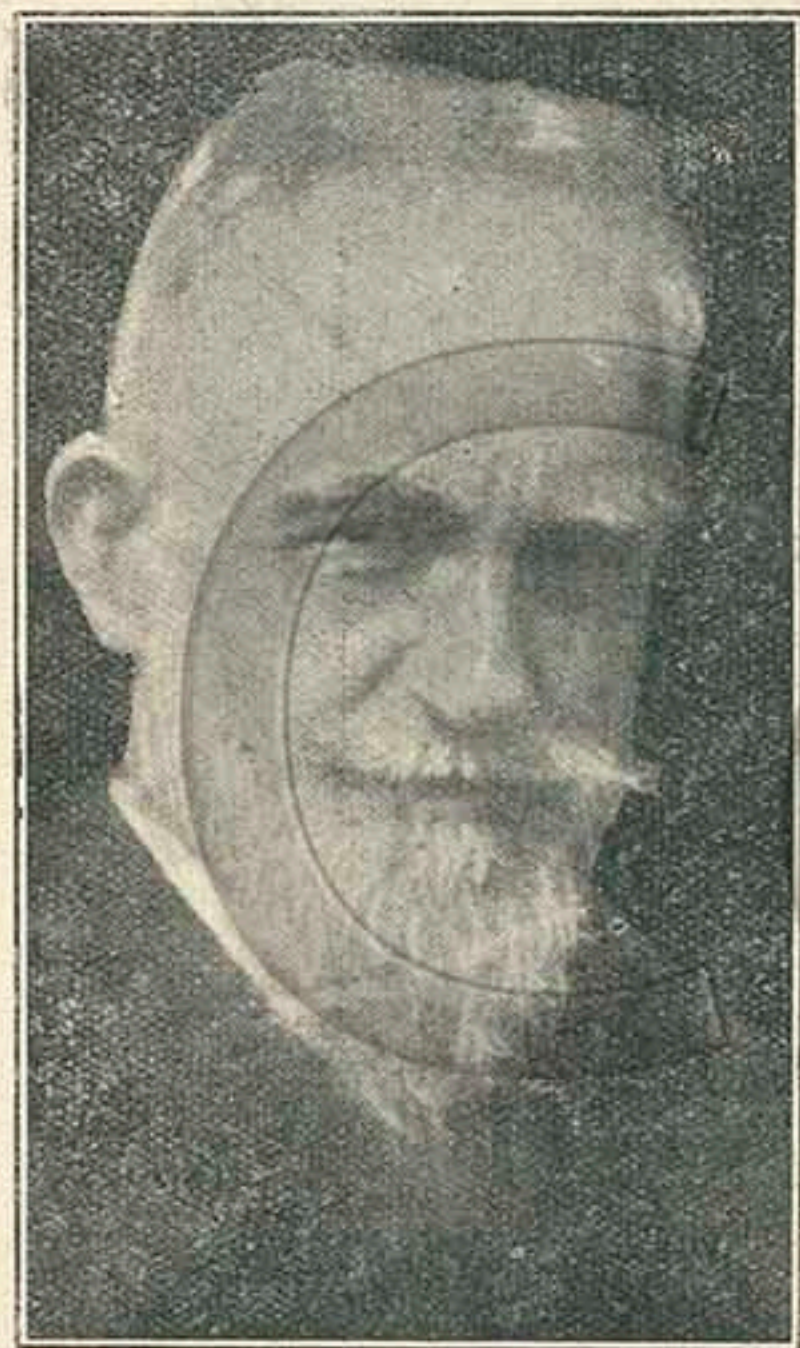
ADA NEGRI

BERNARD SHAW

En 1916 los admiradores de Bernard Shaw desearon poseer un busto del maestro. Este declaró que solamente cedería a ese "petitorio universal" para imponer como sola y única condición que esa escultura fuese ejecutada por Rodin; para lo cual aducía dos razones: la primera, que sería un tanto rematado quien, siendo contemporáneo de Miguel Angel, hubiese permitido a otro escultor le hiciera el retrato; la segunda, estribaba en que Rodin era el único estatuario capaz de aperebrirse del verdadero Shaw, detrás del artificial Shaw, impuesto por su misma voluntad al público.

"Pues — añadía el autor de "Juana de Arco" — una reputación literaria es una máscara que un hombre lleva como a un traje a cuadros, peregrino, severo, alegre y etc. Porque es una cuestión de poder llevarla o llevar un vestido cualquiera. Y el resultado de todo esto es que nunca se obtienen retratos de hombres, ni de mujeres, sino la "fisonomía" de su ropa o de su vestimenta. Nadie sabe cómo eran Dickens y la reina Victoria, pero su guardarropa se halla bien guardado en la historia."

En lo que concierne a Bernard Shaw, ese personaje artificial se halla compuesto de una gran barba blanca, un orgullo caprichosamente exhibido a cada momen-



to, un espíritu paradójal y una sinceridad atronadora, si se nos permite esta adjectivación. ¿Este es el verdadero Shaw? El lo niega. Cuando un fotógrafo le pidiera posar ante el objetivo, se presentó desnudo, con una salida de baño.

—Imposible es — le replica el fotógrafo — que alguien os reconozca".

Bernard Shaw, triunfante, le rebate: —Es que la hipocresía humana, y en particular la británica, ha llegado a tal punto que hasta puede sostener que yo no soy yo, con saco o sin saco.

Es importante tener en cuenta esta anécdota, ya que ella representa simbólicamente la actitud del autor de "Pigmalión" al encarar todos los problemas. El sujeto, quien provoca el escándalo, pretende ser el hombre desdrazado. Todas las convenciones sociales de familia, mundanas que envuelven y maniatan al hombre, le resultan altamente odiosas. Si se le pidiese definir en una sola palabra este estado de alma, esta aversión sentimental, esa palabra sería "antirromanticismo". De tener un enemigo auténtico, lo constituiría Lancelote o por lo menos Parsifal, de la leyenda musical wagneriana. Su teatro es ante todo una reacción violenta contra el idealismo caballeresco, que reputa hipócrita y peligroso. Reacción esta que también concierne a los problemas de amor. En este sentido, le parece que la única finalidad que informa al hombre ordinario o común, es comerciar para obtener la ganancia de mayores sumas de dinero; y el único objetivo de la mujer, también de este género común, es casarse para procrear.

La mujer reclama, por esto mismo, al hombre como si fuese un derecho natural que le pertenece desde la creación del mundo, y como algo que rebasa la vida personal de entrambos. Es por eso que la mujer siempre tomará la iniciativa en las lides de amor.

La convención romántica pretende que el hombre es quien persigue su presa tímida y rebelde; pero la idea es tan absurda que nadie, ni el mismo teatro abusar ya. En las obras de Shakespeare, la mujer le hace la caza al hombre. Ella lo espera, sin esbozar el menor movimiento y es como la araña en acecho que espera para devorarse la mosca. En el "Don Juan" ("Man and Superman") de Shaw, el hombre es el cazado, no el cazador.

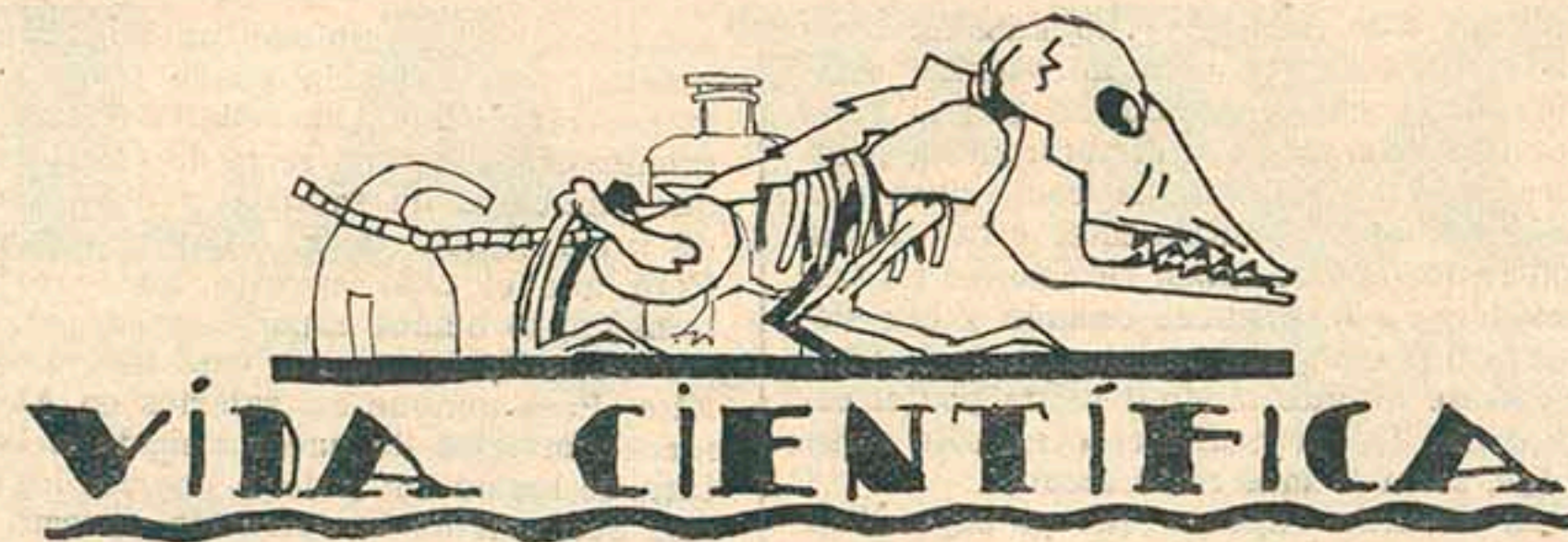
Es la misma reacción anti-romántica contra las virtudes caballerescas a lo largo de casi todo su teatro. Tiene el horror del coraje, tal como se lo concibió antes que él. El coraje no es más que cáculo, según su decir. En su "César y Cleopatra", en "The destir of man" (El destino del hombre), nos pinta un César, un Napoleón, conformados por su propio ideal utilitario. La misma Juana de Arco tiene que inclinarse ante este ideal surgido de su conciencia. Admira en esta Juana a la campesina de verdadera rectitud, extraordinariamente fuerte de espíritu y sólida de cuerpo. Todo lo que ella realizara ha sido cuidadosamente calculado. Aunque su pensamiento fuese tan rápido como para no tener conciencia de ello y lo atribuyese a una voz super-real, fué una mujer de un profundo sentido político. En la guerra era tan objetiva o más que Napoleón. Conocía la artillería como él, y sabía lo que debía hacer con ella. No esperaba que las ciudades sitiadas cayesen al sonido de las trompetas de Jericó, sino, como Wellington, adoptaba sus métodos de defensa y de ataques. Era una verdadera campesina que juzgaba del mismo modo a los grandes señores, a los reyes y a los prelados, sin una pizca de esnobismo ni de idolatría, viendo de un solo golpe de vista lo que cada uno podía valer."

Las guerras son las que particularmente más excitan la verbosidad, la facundia satírica de Shaw. "Los héroes y sus soldados" es una de las mejores de todas sus piezas. Entré otra anécdota y rasgos, existe una muy bella, la de ese soldado irlandés que recibió de los ingleses la "Victoria Cross" — la cruz de guerra — por la bravura demostrada en los campos de batalla, pero quien se había batido con denodada valentía, creyendo que peleaba contra la Gran Bretaña.

La filosofía de Shaw exige, naturalmente, que también la historia sea despojada de su vestimenta tradicional. Todas esas piezas históricas tienden a demostrarnos los héroes como hombres semejantes a nosotros; los anacronismos son empleos cual su procedimiento querido y favorito. El oficial romano de buena familia, que custodia a los cristianos antes de ir al suplicio ("Androcles"), pronunció un discurso como el de un joven lord inglés que custodiase a los revolucionarios hindíes.

Cuando Shaw se halla corto y escaso de efectos teatrales, hace intervenir invariablemente a un inglés, a quien ridiculiza. Por ejemplo, en el estado mayor de César coloca un tal "Britannus", el que no cesa en su grito, proclamando como un hecho escandaloso los esposales entre Cleopatra y su hermano.

En esta batalla encarnizada contra la actitud convencional de las sociedades humanas, el escritor irlandés posee la firme convicción de considerarse el único "realista". En uno de sus prefacios cuenta que habiendo ido a lo de un oculista, éste constató que su vista era perfectamente normal. De modo que todos los hombres veían exactamente como él — se preguntó. Pero el oculista lo ha engañado. Nada es más raro que una vista normal. "La misma cosa sucede en el orden intelectual" — concluye por decirse a sí mismo. "Soy considerado un espíritu paradójal, porque veo de una manera totalmente diferente de los demás". ¿Será que mi intelecto es perfectamente normal y que todos los otros son locos?"



Los progresos recientes de la paleontología humana

(Conclusión)

EL HOMBRE DE NEANDERTHAL—

Ahora, examinemos de cerca los descubrimientos recientes, expuestos en el libro de Boule.

El tipo humano más característico del período paleolítico, y también el mejor conocido actualmente, es el hombre moustierien, llamado también el hombre de Neanderthal, porque de él sólo se poseyó durante mucho tiempo una calota craneana encontrada en Neanderthal en la Prusia rhenana, en 1856. Gracias a los materiales preciosos exhumados de las grutas de La Chapelle-aux-Saints y de La Ferrassie, M. Boule pudo, desde su primera edición, hacer un estudio concienzudo de este tipo. El hombre moustierien difería de los otros representantes de la familia humana, por su cráneo muy deprimido, la frente excesivamente fugaz, los arcos orbitarios desmesuradamente salientes y reunidos en un relieve continuo, la cara prominente en la región de las mandíbulas (prognatismo) y desprovisto de mentón; tenía los miembros inferiores más bien cortos, los brazos largos, su estación vertical era imperfecta; su capacidad craneana (de mil trescientos centímetros cúbicos) igualaba, más o menos, la nuestra.

Este tipo humano era de una constancia muy notable. M. Henri Martin había, antaño, exhumado hermosos restos de este ejemplar en La Quina, en las Charentes; acaba de encontrar en el mismo lugar un esqueleto de niño, y esta pieza curiosa, ofrecida como la precedente al museo, presenta ya todos los caracteres esenciales del tipo.

El hombre de Neanderthal existía ya en los tiempos de Saint-Acheul, como lo muestra una mandíbula infantil, encontrada recientemente en Ehringsdorf, cerca de Weimar, en una piedra calcárea de la edad de los hipopótamos. Es un tipo muy antiguo que alcanzó la época moustierien.

Qu esta posición ideológica sea para un filósofo altamente discutible, es lo que no trataremos de negar. Es también fácil demostrar que lo romántico y lo caballeresco tiene algunos elementos reales.

En su origen, el hombre pudo ser un animal obscuro y egoísta, pero en algunos millares de años dejó de serlo en cierto grado. Claro que un pensador como Chesterton podría demostrarle brillantemente que el hombre vestido es el único verdadero.

Pero la "actitud de Bernard Shaw" produce excelentes efectos cómicos. Nada, pues, más natural que lo cómico sea una disociación de lo eminentemente serio. Después de todo, este teatro es un magnífico y sorprendente espectáculo de donde nacerá una moral nueva.

Si algunas veces existen algunos efectos de una comicidad un poco gruesa, es que el cinismo de Diógenes y su tonel parece haber sido heredado por el autor irlandés.

Un día, durante un ensayo, detuvo a un actor diciéndole:

—Le ruego no enriquezca su rol con cosas de su caletre, ya que no son del mejor gusto.

—Pero, señor Shaw, — replicó el cómico — no hago más que recitar vuestro texto.

El paradójal escritor se puso a leer en el cuaderno, luego con sonrisa de indulgencia, dirigiéndose al actor, dijo:

—Es cierto; a qué bajas puede uno descender...

Si no es verdad, etc. etc.

A. M.

tierienne y que, en Europa al menos, desapareció con ella; hacia el fin de esta época, en nuestra región mediterránea, coexistió con una forma negroides del tipo humano, normal; el hombre de Grimaldi, hallado por el canónigo de Wille-neuve, en 1901, en una gruta de Mentón.

Los hombres del tipo de Neanderthal, no desaparecieron sin jugar un rol eficaz en la evolución humana; pese a su físico grosero y su aspecto brutal, supieron trabajar el sílex con cierto arte y utilizar el hueso; más aún, haciéndose dueños del fuego, realizaron, como lo dice M. Boule, "el acto humano por excelencia, el que es la base de todos los progresos futuros y que contiene en potencia todas las civilizaciones."

Este tipo primitivo tuvo algún parentesco con otro más antiguo: el hombre de Heidelberg, conocido solamente por una mandíbula hallada en 1907, cerca de esta ciudad, en Mauer, en las arenas del paleolítico más lejano? Desprovisto de mentón, y en las ramas verticales excesivamente anchas, esta mandíbula debió pertenecer a un tipo particularmente grosero, relación con la industria grosera y muy primitiva de la época chelléene.

LOS HOMBRES PALEOLITICOS FUE EN LA EDAD MEDIA DEL RENO.—

Cuando sobrevino la Edad del Reno, el hombre moustierien fué reemplazado por razas de tipo humano actual; todas, por otra parte, dolicocefalas, como el moustierien mismo; es decir, con el diámetro antero-posterior del cráneo mucho más largo que el diámetro transversal.

Como ya lo he dicho más arriba, antes de extinguirse en nuestras regiones, el hombre moustierien coexistió con la raza de Grimaldi, que pertenecía al tipo humano actual; pero con caracteres negroides: prognatismo, una nariz ancha y aplastada, un mentón reducido, la ausencia de protuberancias parietales en el cráneo. M. Werneau ha mostrado, y M. Boule afirma que "los negroides fueron con toda certeza, africanos."

Los hombres aurignaciens y solutrens, que ocupaban nuestras regiones en la edad del reno, pertenecían a otra raza cuyos tipos fueron hallados por Luis Lartet en Cro Magnon. La raza de Cro-Magnon se caracterizaba por una gran talla, protuberancias parietales, una cara ancha, una nariz fina, larga y delgada, un mentón saliente. Los hombres de esta raza, eran menos dolicocefalos que los negroides. Más; tendían, a veces, a la braquicefalia: en los esqueletos recogidos en Solutré, por los señores Depéret y Arce-lin, el diámetro antero-posterior del cráneo es apenas más largo que el diámetro transversal. La raza blanca de Cro-Magnon no ha desaparecido totalmente de nuestros países; se encuentran sus representantes en diversos puntos de Francia, particularmente en Dordogne; los vasos y los kabileños guardan bastante afinidad con ella, y los Guanches de las Canarias han conservado bien el tipo.

Hacia el fin de la edad del reno, en el magdalénien, la raza de Cro-Magnon fué suplantada por hombres de pequeña talla (un metro cincuenta), de cara larga y

sin prognatismo, de órbitas redondeadas, de mentón saliente. Es la raza de Chancelade, así denominada por la aldea, situada cerca de Perigueux, en donde se exhumó en 1888, uno de sus esqueletos más característicos. Los hombres de esta raza, presentan grandes semejanzas con los esquimales. Según M. Boule, habrían "emigrado hacia el norte, en la aurora de los tiempos actuales, al mismo tiempo que el reno, ante el empuje de los nuevos invasores", quienes actualmente pueblan nuestras comarcas. Los alpinos braquicefalos que se hunden en Europa como una cuña, del Este al Oeste; los dolicocefalos rubios o nórdicos y los morenos o mediterráneos, — siendo éstos de parentesco lejano con los hombres de Cro-Magnon.

Entre las figuras humanas que nos han dejado los hombres de la edad del reno, se observan con frecuencia un conjunto de caracteres físicos propios de los bosquimanos, y hotentotes. Una preciosa estatuilla de marfil de mammoth, hallada el año pasado en una gruta de Lespugne (Alto Garona), por M. y Mme. de Saint-Périer, recuerda singularmente a las mujeres bosquimanas por sus senos pendientes, sus anchas caderas y pronunciados muslos. Esta "Venus aurignacienne", obsequiada amablemente a M. Boule, ha ido a reunirse en el Museo, con la "Venus Hotentote" de Cuvier. Por lo demás, las pinturas murales de los bosquimanos se parecen mucho a las de nuestras cavernas, y figurillas análogas se encuentran un poco en todas partes; acá y allá, a través de España y Africa.

Hay, pues, lugar para creer, con M. Boule, que los bosquimanos se remontan al tronco primitivo del que surgieron las razas de Grimaldi y de Cro-Magnon. Y como los esquimales decendían de la raza de Chancelade, se puede afirmar que en la época del reno, (es decir, muy remoto en el pasado y mucho antes de las invasiones neolíticas, de donde provienen nuestros pueblos modernos), las tres grandes divisiones de la familia humana: negros, blancos, amarillos estaban esbozadas o realizadas.

LOS HOMBRES GALEOLITICOS FUERA DE EUROPA.—

Africa ha conocido ciertamente otras razas. En una caverna de Broken-Will, se ha descubierto hace dos años, un cráneo de adulto que se asemeja enteramente al de los hombres de Neanderthal, excepto por su capacidad craneana, que es más reducida, y por la posición del agujero occipital, que indica una estación perfectamente derecha. Pero este cráneo no está fosilizado. Más, se encuentra entre huesos de animales existentes. "Quizás haya todavía en algún rincón inexplorado del Africa, dice M. Boule, ejemplares vivos de los últimos represen-

tos del Homo Neanderthalensis... Su descubrimiento no sería más extraordinario del que se hizo ha tiempo con el okapi".

Este tipo rhodesiano se asemeja no poco a un cráneo descubierto en 1884, en Talgai, en el Queensland australiano, y estudiado hacia 1913 por A. S. Smith. Este cráneo fué encontrado, con osamentas de marsupiales desaparecidos, en capas que corresponden a nuestro paleolítico; es enteramente idéntico al de los australianos modernos, pero con caracteres aún más primitivos; entre otros, un prognatismo más acusado, una frente más fugaz y caninos relativamente enormes. Ahora bien; el hombre de Australia pertenece al tipo humano actual, y para explicar "la fuente común de caracteres primitivos" que presenta con el hombre de Rhodesia y el de Neanderthal, M. Boule admite que estas "tres formas tienen un origen común."

El hombre australiano, por otra parte, suscita problemas que son de muy difícil resolución en la hora actual. En 1921, el doctor Eugenio Dubois exhumó de las capas cuaternarias antiguas de Wadjock, en la isla de Java, dos cráneos fósiles que difieren totalmente del tipo malayo, pero presentan todos los caracteres esenciales de los cráneos australianos actuales.

Es la primera vez, dice M. Boule que se encuentran tales cráneos fuera de Australia... El Homo Wadjokensis es un proto-australiano cuyo origen parece localizarse en este asiático".

Las investigaciones recientes (1920) del hindú, M. Pachanan Mitra, sobre las artes paleolíticas de la India, confirman esta hipótesis: ciertas figuras morales observadas por este sabio ofrecen nítidos caracteres australianos y hasta una de ellas representa el kanguro. Ahora bien, el continente australiano se aisla del Asia y de las tierras circundantes, hacia el fin de los tiempos secundarios o al principio de la era terciaria, por consiguiente, miles de siglos antes de la aparición del hombre. ¿Cómo explicar, si no es por migraciones marítimas, las relaciones humanas que han existido en los tiempos paleolíticos, entre el continente australiano y la Indo-Malasia? ¿Pero, entonces, nuestros antepasados más remotos, los hombres fósiles, eran ya navegantes? ¿Qué de problemas! ¿Y cuántos otros nos reserva América, donde el hombre venido de Asia no ha podido penetrar sino muy tarde, hacia el fin de la edad del reno o a principios del neolítico!

Pero la paleontología humana es una ciencia joven. Como he querido establecerlo de acuerdo con la obra de M. Boule, esta rama del conocimiento se ha iniciado espléndidamente y merece que se le tenga confianza en el porvenir.

E. H. BOUVIER

RUDOLF ROCKER

LA LUCHA POR EL PAN COTIDIANO

(Versión española del folleto "Der Kampf ums tägliche Brot", recientemente aparecido en Berlín. Verlag "Der Syndikalist")

(Continuación)

Mientras que el salario de un metalúrgico inglés antes de la guerra era aproximadamente un 20 por ciento superior al de su colega de oficio alemán, hoy gana casi tres veces más. Pero durante el período de inflación llegó a menudito a ganar diez y quince veces más que el metalúrgico alemán. ¡Affirmese ahora que no hay ninguna diferencia esencial en la situación de los trabajadores!

En la industria del carbón, la diferencia no es tan formidable, sin embargo es

bastante alarmante. Según los últimos cálculos estadísticos, el sueldo mínimo del minero inglés en una jornada de siete horas es algo inferior a siete chelines diarios. Eso es más o menos el doble del salario que recibe un minero alemán. Idéntica es la proporción en muchas otras industrias. La situación general del obrero alemán, pues, ha empeorado indudablemente en una medida espantosa. Téngase además en cuenta que los precios de los artículos alimenticios más necesarios superan con mucho a los de antes de la

guerra, pero los objetos de uso diario, como por ejemplo vestidos, zapatos, ropa interior, etc., se han vuelto casi inaccesibles; con eso el cuadro de la situación del obrero alemán se vuelve más desconolador. Adviértase aún que la renta popular está recargada mediante impuestos, tributos y derechos aduaneros con un 46 por ciento por cabeza de población, mientras que ese recargo en Francia, es solo de 22 o/o y en Inglaterra de 18 o/o; pero las clases propietarias no menosprecian ningún medio para hacer recaer sobre las espaldas del pueblo laborioso, esa carga; así se comprenderá justamente el calvario de la clase obrera alemana, desde la terminación de la guerra.

El ejemplo de Alemania y la ley de bronce de los salarios.

Hasta los tardíos defensores de la ley lasaleana del salario, podrán ver con un poco de buena voluntad, que el problema de la situación de los trabajadores no es tan insignificante como creen y que aquella supuesta "ley", carece de todo fundamento profundo.

No olvidemos además que ese hundimiento monstruoso de la situación proletaria, tuvo lugar en un tiempo en que la gran industria alemana, bajo la dirección de Siemens, se embosaba fabulosas ganancias, y nuestros grandes latifundistas nacían morir de hambre al pueblo alemán "con los graneros llenos". Pero al mismo tiempo la sabiduría de los jefes social-demócratas y sus ilustres de los sindicatos reformistas, trataron de persuadir a los trabajadores de que tras una guerra perdida, debían abstenerse de exigir más elevados salarios si no querían arruinar completamente la vida económica del país y los trabajadores fueron bastante torpes para dejarse dominar por esas insinuaciones, mientras que los capitalistas, los agrarios y los especuladores de la bolsa, se llenaban los bolsillos. Esos señores no fueron detenidos por tales escrúpulos; no pensaron satisfacerse con pequeñas ganancias después de la pérdida de la guerra, sino que arrebataron todo lo que podía ser apropiado, mientras que las vastas masas de la población laboriosa apenas podían mantenerse con pan seco y patatas. Ninguno de esos parásitos tuvo la ocurrencia de pararse a pensar que su voracidad desenfrenada entregaba a todo un pueblo, sin salvación, a la ruina.

Lo cierto es que una gran parte de los precios actuales, que no están en proporción alguna con el término medio de los salarios, no se explican de ninguna manera por causas económicas, sino sólo por causas psicológicas. En tiempos normales se contenta el capitalista y el comerciante, con una cierta ganancia, cuya altura es, por lo general, regulada por la concurrencia recíproca. De ese modo se desarrolla hasta una cierta ética entre los comerciantes, que sabe separar bien un negocio decente de la usura directa. Pero en la época posterior a la guerra y en particular, en el período llamado de la inflación, fueron quebrantados todos los conceptos éticos y toda moderación natural. El *laissez faire, laissez aller* de los poseedores, se perdió en el infinito. Todo capitalista, todo comerciante, se convirtió simultáneamente en especulador, sobre la miseria sin límites de su propio pueblo y se embolsó beneficios que no se habría atrevido a soñar, antes. El robo descarado celebró su triunfo en Alemania, el cambalachero ocupó el puesto del comerciante de los años pasados. No es de extrañar que a muchos de esos señores se les haga hoy cuesta arriba acomocarse al período de la llamada estabilidad. Los precios presentan elocuente testimonio de ello.

Por lo que se refiere ahora a la afirmación de que todo aumento de los salarios debe provocar inevitablemente un aumento de los precios, de que el capitalista roba con una mano del bolsillo del consumidor, lo que paga de más con la otra al productor — una afirmación muy corriente hoy, en los círculos llamados "radicales", es tan errónea como la "ley de bronce del salario". Fue Marx mismo en persona, citado por muchos "radicales", el que ha demostrado convincentemente la insuficiencia y la falsedad de esa afirmación. En esa conocida conferencia en el consejo general de la Internacional (1865), desmenuzó tan profundamente las opiniones del owenista-

Weston, que defendió aquel punto de vista, que no quedó más nada de ellas.

En efecto, aquella afirmación podría pretender a una cierta veracidad tan sólo cuando, como dice Marx, pudiera demostrarse: 1°. "que la cantidad de la producción nacional es algo fijo, una cantidad o un tamaño estable, como diría el matemático; 2°. que el salario real, es decir, el salario medio en la cantidad de objetos de consumo que se puede comprar con él, es una fija, un valor estable".

En ese caso al menos se podría hallar comprensible la afirmación. Pero sabemos que la producción general aumenta sin cesar y que sólo por ese hecho se ofrece a los capitalistas la posibilidad de nivelar nuevamente los aumentos de salarios, sin estar obligados a recurrir a un aumento de los precios.

Si fuese, en efecto, un hecho económico que un aumento de los salarios tendría por consecuencia necesariamente un aumento de los precios, en base a esa circunstancia sería imposible un cambio en la situación proletaria. Pero en ese caso, el moderno obrero debería vivir en las mismas condiciones que su predecesor del período inicial del capitalismo. Y puesto que, como hemos dicho ya, únicamente puede tener lugar una evolución de las necesidades morales y espirituales cuando son posibilitadas por la situación material de la vida, todos esos fenómenos que podemos percibir hoy a cada paso en el movimiento obrero, se reducirían a simples ilusiones ópticas. Entonces habrían sido vanas las innumerables luchas del proletariado contra el capitalismo para conseguir un mejoramiento de su situación. Pero entonces también los ensayos del capitalismo para disminuir en cada ocasión propicia los salarios,

habrían sido inútiles y no habrían tendido razón de ser, pues no podrían cambiar nada en el estado de cosas. Pero por lo menos hay que atribuir tanta perspicacia a los capitalistas, como para que no provoquen inútilmente otras cosas contra las cuales deben reaccionar los trabajadores a la primera ocasión y que llevan a una continua conmoción de la vida social de ningún modo deseada por el capitalista. Tal procedimiento no sólo sería torpe, sería la más clara locura.

Es absurdo suponer que el capitalista sería capaz en todo momento de poder proceder a un aumento de los precios, en cuanto los salarios se inclinasen algo de parte de los trabajadores. En la determinación de los precios tienen el papel factores totalmente distintos, y el capitalista no puede seguir simplemente en este concepto su voluntad, sino que está más bien ligado a ciertas condiciones que no puede modificar arbitrariamente y que le son impuestas directamente en muchos casos por la concurrencia. Si no fuera así, como dice justamente Marx: "entonces sería "la alza y la baja, la incesante modificación de los precios del mercado, un enigma insoluble."

Llevaría muy lejos el exámen de las relaciones entre salarios y precios, y además el objeto de este escrito es otro. Pero el que se interese por ese asunto, que lea el folleto de Marx (*Precios, salarios y ganancias*) que trata este problema de una manera acabada. Toda la afirmación de que el aumento de salarios tiene que tener forzosamente por consecuencia un aumento de los precios, no es más que una manifestación, como muchas otras "leyes" económicas que sólo han contribuido a sembrar la confusión entre los trabajadores y a extravíarlos.

Es tal vez posible que los aumentos de

Santiago del Estero, sin agua



UNO DE LOS TANTOS SEDIENTOS—Venía para que me proporcionara un poquito de agua... Pues, señor, el agua prometida por esos votos...

POLÍTICO-JARDNERO—Ahora no... Ven después, más luego... Ahora la necesitaría para el riego de mi jardín... Si, si, ven luego, cuando esté arriba... Cuando sea gobernador de la provincia.

salarios puedan implicar un aumento de precios, pero también puede tener lugar lo contrario, como ha señalado Marx excelentemente en una serie de ejemplos en que aumentos de salarios y disminución de precios ocurrieron simultáneamente. Pero que el caso opuesto puede existir también, lo hemos experimentado en Alemania suficientemente en los últimos años. Pues aunque los salarios en Alemania están lejos de haber llegado a la altura de los de antes de la guerra, los precios han sufrido la operación opuesta. Pero si la afirmación de que un aumento de los salarios tiene automáticamente por consecuencia un aumento de los precios fuese exacta, entonces, con la misma lógica una disminución de los salarios tendría por consecuencia también una disminución de los precios. La situación actual en Alemania es la mejor demostración de que no es así.

La lucha por el pan cotidiano.—

No, todas las "leyes" férreas son capaces de quitar una jota de importancia a las luchas diarias de la clase obrera, a la lucha por el pan cotidiano. Dan al movimiento obrero su verdadero carácter y están ligadas de la manera más íntima a su naturaleza más profunda.

Pero esas luchas no sólo tienen una significación práctica; constituyen también la condición previa necesaria para la liberación definitiva del proletariado del yugo de la esclavitud del salario y de toda otra forma de explotación. Aunque con raíces en el presente y en la realidad práctica de la vida, llevan en sí, no obstante, el germen de un devenir de donde se desarrollará para la humanidad un porvenir, mejor. Pues todo lo nuevo y lo venidero nace de la realidad inmediata del ser viviente. El mundo nuevo no nacerá de los espacios aéreos de las representaciones abstractas, sino que surgirá de las luchas por el pan cotidiano, de las duras contiendas inintermitentes que exige la penuria y la preocupación de la hora.

En la continua lucha contra lo viejo y lo existente, se forma lo nuevo y madura su perfección. El que no sabe apreciar la conquista de la hora, no será capaz nunca de combatir para sí mismo y para sus semejantes por un futuro mejor.

De las luchas cotidianas de los trabajadores contra el capitalismo y sus aliados, se levanta paulatinamente en los primeros el profundo sentido de esos conflictos. Primeramente persiguen sólo el fin inmediato de mejorar la situación general de los productores dentro de la sociedad actual, hasta que descubren poco a poco las raíces del mal — el salariado, la economía capitalista monopolista. Para llegar a ese conocimiento, las luchas cotidianas ofrecen una enseñanza intuitiva mejor que los más hermosos artículos teóricos. Nada puede influenciar tan fuertemente el espíritu de los trabajadores, como esa lucha constante por el pan cotidiano, nada los hace tan accesibles a la ideología del socialismo como estas contiendas incesantes por las necesidades de la vida.

Y ahí está en último resultado, la gran significación social de esas luchas: significación que queda en pie cuando los hombres salen derrotados de ellas y en apariencia han derrochado sus energías inútilmente. También semejantes derrotas son extraordinariamente educativas y desarrollan en el cerebro de los trabajadores, con lógica inflexible, la comprensión para los métodos mejores y más eficaces de la lucha, aún cuando el descalabro recibido los desaliente al principio y disminuya enormemente su combatividad.

(Continuará)

MIGUEL BAKUNIN
OPRAS COMPLETAS DE MIGUEL BAKUNIN VOLUMEN I
LA REVOLUCION SOCIAL EN FRANCIA
 PROLOGO DE M. NETTLAU
 BUENOS AIRES 1924
 PAGO \$ 1.50
 TONDI

Un tomo en 8° de 336 págs., \$ 1 50